

Homenajeando a Howard Phillips Lovecraft, nace...

A woman in a black dress is floating upside down in a dark, starry space. Her arms are outstretched, and her head is tilted back. The background is a deep black with scattered white stars.

De la oscuridad en

Ankham

J. M. O. R.

"Lo que no está muerto, puede yacer eternamente. Y con extraños eones, inclusive la muerte puede morir."

Extraído del Necronomicon.

Escrito por Abdul Alhazred en referencia a Cthulhu, el Dios Primigenio de Howard Phillips Lovecraft.

De la oscuridad en Arkham

José Miguel Ortiz Rodríguez

"A mi parecer, no hay nada más misericordioso en el mundo que la incapacidad del cerebro humano de correlacionar todos sus contenidos. Vivimos en una plácida isla de ignorancia en medio de mares negros e infinitos, pero no fue concebido que debiéramos llegar muy lejos. Hasta el momento las ciencias, cada una orientada en su propia dirección, nos han causado poco daño; pero algún día, la reconstrucción de conocimientos dispersos nos dará a conocer tan terribles panorámicas de la realidad, y lo terrorífico del lugar que ocupamos en ella, que sólo podremos enloquecer como consecuencia de tal revelación, o huir de la mortífera luz hacia la paz y seguridad de una nueva era de tinieblas."

Frase extraída de "La llamada de Cthulhu". Howard Philips Lovecraft.

Agradecimientos.

Este cuento corto está dedicado por supuesto a mi adorado H.P Lovecraft que me hizo compañía durante mi difícil adolescencia y también a cuantos leyeron esta historia corta en la red social donde la hice pública. Un día sin saber por qué, me puse a escribirlo y gusto tanto, que tuve que continuarlo. Por supuesto también he de agradecer profundamente a mis cinco primeras lectoras de cuando hice la primera reescritura.

Gracias Mayte, Rafi, Corpus, Angy y Mel por leerme las primeras y como no, también se lo dedico a mi grandes amigas Eli, Lydia y Violeta por todo lo que me han enseñado.

Copyright © 2015 José Miguel Ortiz Rodriguez

Código de registro: 1511135776559

1ª edición



Prefacio.

Siento no poder decir que el arranque de mi historia transcurra en un lugar más refinado pero dado lo ocurrido, no creo que pudiera contarla desde otro lugar y además, no creo que haya un modo racional de contarla.

Muy posiblemente no creerán nada de lo que les cuente pues apenas hay evidencias físicas del evento acaecido recientemente. Tranquilos... no les culpare por ello si no me creen puesto que siempre ocurre igual cuando se habla de algo que entra en el terreno de lo sobrenatural. Todos sabemos que hay cosas en este mundo que no entendemos y que apartamos para sentirnos a salvo.

Lo malo es cuando esas cosas deciden no apartarnos a nosotros de ellas.

Apelare pues a su fe en lo imposible puesto que sin ella, nada de lo que aquí se cuente tendrá sentido para ustedes o será de su agrado.

Por si les sirve de consuelo recuerden que imposible..., es tan solo una palabra.

16 de octubre del año de nuestro señor, 1922. Arkham. Massachusetts. Estados Unidos de América.

Estaba sentado en una incómoda silla frente a un viejo escritorio. Tras él, había dos hombres vestidos con su aspecto habitual y me observaban llenos de curiosidad, como en los últimos cuatro días. Estaban ahí para ver si esta vez me pillaban en una mentira o en una discordancia en la historia que les había contado ya varias veces.

Tenían sus cuadernos y lapiceros listos para tomar apuntes que usarían durante todo el encuentro, como ya lo habían hecho en los encuentros anteriores, sin parar de escribir.

Estaba claro que había dos personas para que luego pudiesen compartir anotaciones y verificar que no habían perdido ningún dato de lo narrado. Un método como otro cualquiera de llevar un control.

¿Qué ironía, no?

Si de algo va esta historia es del poco control que tenemos de la vida o de sus acontecimientos más no de nuestras decisiones.

Esas..., con sus consecuencias, son solo nuestras.

Esos tipos volvían a interrogarme una y otra vez sobre la misma historia intentando encontrarle algo de sentido porque simplemente, no podían creerme. El problema era que aunque la historia tenía sentido para mí, no podía tenerlo para ellos ya que sus pequeñas mentes, no podían procesar nada que estuviese fuera de los parámetros de la realidad. Estaban tan vírgenes en estos temas como yo lo había estado meses antes.

¡Demonios! ¡Ni yo lo creería si no fuese porque lo había vivido en carne y hueso!

La habitación no era pequeña pero estaba llena de archivadores que se comían bastante espacio. Este lugar hubiera parecido más amplio si todo hubiese estado ordenado pero parecía, que por allí no había pasado nadie con tal virtud, hacía mucho tiempo. Se ve que últimamente no tenían presupuesto para cuidar del aquel lugar y es que Arkham estaba creciendo y el dinero, era necesario en otras partes.

Como estaban ansiosos por escuchar de nuevo mí relato y yo harto de contarlo, cuando empecé a hablar, lo hice bastante alterado.

—¡Así fue como la vi antes de que la oscuridad estrellada se la llevase! ¡Les juro que no estoy loco aunque a veces crea que la realidad se desmenuza ante mis ojos! —grite un tanto descentrado porque era la décima vez que contaba la misma historia. —¡Yo sé lo que vi, se lo juro! ¡Nadie podrá hacerme creer lo contrario!

—Tranquílcese, señor Reed —dijo uno de los dos hombres que tenía frente a mí con condescendencia.

Este espero antes de volver a hablar para que me tranquilizase y cuando lo hizo, utilizo el tono monocorde que se usa con un niño que ha tenido una rabieta.

—Cuéntenos de nuevo con sus propias palabras lo ocurrido señor Reed. El problema es que nos cuesta muchísimo creer nada de cuanto dice.

—Se lo que intentan... —dije con seriedad. —Creen que si les cuento la misma historia

decenas de veces, haré variaciones sobre la misma y así podrán aducir que mi mente desvaría pero no van a lograrlo. ¿Me oyen? ¡Lo que paso, ocurrió tal y como se lo he contado!

Los dos me observaban preparados y me recordaron a esos perros ansiosos que miran a su dueño esperando a que les tiren un hueso.

—Está bien... —claudique con un tono cansado. —Si es lo que quieren, se lo contare de nuevo.

Me calme respirando hondo y comencé por el mismo lugar que siempre y de la misma manera que siempre...

Esto aconteció aquella fresca tarde de hace cuatro días. Era el día 12 de octubre y eran ya casi siete de la tarde cuando sucedió todo lo que de seguro, habrán leído ya en la prensa además de por las nueve veces que se lo he contado..., claro.

Aunque he de decir que ese era un día que nunca me había gustado demasiado, en esa ocasión era feliz por que paseaba junto lady Rosalie Sommers, por el paseo adyacente al río Miskatonic. Caminábamos tranquilos y entre risas mientras me deleitaba con los movimientos de su elegante vestido de color azul celeste. Ese es... era...

—¡Oh, que Dios tenga piedad de mi alma! —exclame totalmente afligido pero continué más firme.

Ese, era su color preferido así que siempre que podía, se ponía algún vestido de esa tonalidad pues sabía que compartía su gusto.

Mi Rosalie era una joven preciosa cuyo pelo, era de color rubio dorado como el heno y que también poseía, unos ojos azules tan claros como el agua de un riachuelo de montaña. Su precioso rostro ovalado tenía unos delicados pómulos y una barbilla pequeña y deliciosa. Poseía además, unos labios gruesos que eran encantadoramente rosados.

También era portadora de una mirada inteligente, cuando no traviesa, que era mucho más consciente de cuanto le rodeaba de lo que daba a entender cuando hablaba en público; dado que vivía en un mundo de hombres muy ricos y que estaban acostumbrados a dar órdenes, no les solía gustar que las mujeres fuesen más inteligentes que ellos.

A mí sin embargo, me enamoraba el que lo fuese.

Era menuda en comparación con mi estatura lo cual, se notaba bastante cuando paseaba a mi lado aquel aciago día de octubre. Como era normal mientras se cortejaba a una dama de tan alta alcurnia, veníamos acompañados de su asistente la señora Banks.

Ella era su antítesis ya que vestía en tonos grises, su cabello era gris y sus ojos eran grises. Parecía como si en toda su vida no hubiera visto el sol (dada su pálida piel) y que estuviese permanentemente enfadada por ello y aunque paseaba con aire distraído —un tanto por detrás de nosotros—, jamás se perdía un ápice de cualquiera de nuestros movimientos. Podía sentir su mirada adusta en la nuca y un leve carraspeo, me indicaba que me estaba acercando demasiado a mi Rosalie. Era algo que me parecía muy divertido de provocar siempre que podía.

La vida me sonreía. Todo me iba bien o al menos eso creía yo hasta aquel maldito día.

Pero para ponerles en contexto debo retroceder y contarles mi historia desde el principio ya que si no saben quién soy y cuál es mi carácter, me podrían juzgar incorrectamente. Convendrán conmigo que dado el lugar en el que estoy ahora mismo, eso no me resulta conveniente en demasía.

Así pues, comencare por el principio si no les molesta...

Ahora poseo una empresa de exportación de pieles hacia el viejo mundo, pero me crié en un orfanato por lo que toda esta bonanza económica, era algo extraordinario y relativamente nuevo en mi vida. Esa empresa que yo no había creado pero que si había expandido, funcionaba de manera tan exacta como un reloj suizo pero aún no estaba acostumbrado a mi nueva posición social.

No pocas veces me despertaba exaltado en mitad de la noche, creyendo que aún estaba en el orfanato donde crecí. Allí tenía que defenderte con inteligencia y llegado el caso, a puñetazo limpio del matón de turno así que eso, me dejó huella.

Detesto a los matones.

Estaba tan harto de tener miedo que me escape de allí en cuanto pude valerme por mi mismo y comencé una vida de vagabundeo sin sentido ni objetivo alguno. Crecí en las calles más turbias de Arkham intentando sobrevivir pues yo era, otra rata más de los barrios bajos.

Cierto es que siempre he tenido una vena un tanto belicosa aunque jamás, contra alguien débil o desarmado y nunca he podido evitar una pelea que partiese de una injusticia. Al parecer las atraigo como las polillas a la luz.

Aquella tarde, mientras buscaba algo que llevarme a la boca en la basura que dejaban los restaurantes baratos de la zona, vi en un callejón a varios jóvenes que tenían acorralado a un hombre. Este no podía estar más fuera de su ambiente ya que iba ataviado con unas ropas, que no encajaban en el barrio en el que estaba. No tuve más remedio que intervenir porque eso del cuatro contra uno siempre me ha parecido de cobardes y sin pensar mucho (uno de mis problemas por los que siempre me meto en líos), cogí carrera y le di un fuerte empujón a uno de esos bastardos. Este se llevó a otro por delante de lo rápido que iba y ambos, se dieron un golpe en la cabeza que les dejó atontados.

Entonces el hombre de caros ropajes redujo a los otros dos de una manera bastante expeditiva y para nada elegante, dada su aparente condición social.

El señor Albert Jackson Talbot que era como se llamaba, me dio las gracias y aún más, me dio un empleo decente por ayudarle aquel día. Me dijo que si trabajaba duro él cuidaría de mí como yo había cuidado de él aquel día y cumplió su palabra.

Por eso no me queje y me sentí afortunado cuando fui mozo de cuadras, ayudante del jardinero, aprendiz del cocinero, mayordomo de la casa, su asistente personal y por último..., su socio en la empresa y mejor amigo, hasta el día en que murió.

Tengo que admitir que efectivamente, el señor Talbot era el único amigo que había tenido en mi vida salvo por una niña en el orfanato a la que no volví a ver nunca. Se la llevaron a otro diferente según creo, cuándo la pillaron besándome en el jardín que había tras el edificio principal.

Mi primer beso y me pareció algo más baboso que satisfactorio la verdad. Pero, éramos críos... ¿Y que sabía yo de besos?

Volviendo al señor Talbot, les diré que años después de estar a su servicio y unos pocos como su socio, enfermo repentinamente y murió de una enfermedad fulminante

del corazón de la cual nadie sospechaba que tuviese.

—Dios lo tenga en su gloria y le doy gracias por no hacerle sufrir —comente casi susurrando para mí.

Grande fue mi sorpresa cuando su abogado me llamo y frente a testigos, leyó el testamento en el que disponía que me dejaba en herencia todo cuanto poseía. Como no se había casado, tampoco había tenido hijos y no tenía ningún familiar cercano ya que estos, habían muerto años atrás.

Entre sus cosas había una carta para mí y cuando la leí me dejo claro que aunque hubiera tenido algún familiar, su fortuna hubiera seguido siendo para mí. Me explico que todo cuanto había amasado con su empresa lo había hecho legalmente y empezando desde abajo y que se sentía orgulloso de cedérmela.

En ese momento me di cuenta realmente de lo muy profundamente que lo había querido y de cuanto había perdido con su muerte.

La carta continuaba narrando que nació en un barrio muy humilde aquí en Arkham. El mismo en el que yo me encontraba cuando estaba siendo atacado y al parecer, había vuelto allí tan solo para ver la casa de sus padres en la que había crecido. Esta para más inri, ya ni siquiera existía.

Quede profundamente conmovido con aquella carta y también hizo nacer en mí una férrea determinación por estar a la altura de su legado.

Inspirado por la fe que puso en mí, mi mentor, cogí las riendas de su negocio bien asentado aquí en Estados Unidos. Con todo lo que el señor Talbot me había enseñado durante años de aprendizaje decidí ampliar la empresa exportando pieles a la vieja Europa y aunque era un negocio atrevido, nunca corrí ningún riesgo que no estuviera calculado.

Lo hice todo tal y como el señor Talbot me había enseñado y que siempre me decía: se valiente, pero no seas un loco.

Yo siempre le hice caso. O al menos la mayor parte del tiempo.

La excepción se producía cuando atacaba mi empresa algún rival que se creía superior a mí por haber tenido la suerte de haber nacido en una familia rica. Como ya les he comentado, nunca he podido con los matones de cualquier clase o condición. Entonces me volvía implacable y aunque no sacaba lo mejor de mí, jamás fui cruel a propósito. Solo me defendía. Nunca atacaba.

Entonces conocí a Rosalie y todas esas batallas me parecieron pueriles así que las aparte de mi vida. Cuando la empresa como dije comenzó a funcionar sola, dedique gran parte de mi tiempo libre a cortejar con una gran corrección pública a mi adorada Rosalie. Ser la hija del hombre más importante de Arkham y por extensión de todo Massachusetts, lo complicaba todo hasta extremos absurdos pero no podía abstraerme de intentarlo con todas mis fuerzas.

Estaba perdidamente enamorado de ella y cuanto más tiempo pasábamos juntos, más convencido estaba de que ella era la mujer perfecta para mí. Nos casaríamos, tendríamos varios hijos, viviríamos juntos hasta morir de senectud en la misma casa, que dejaríamos en herencia a nuestros hijos.

Y estoy convencido de que si no hubiera visto aquel maldito libro aquel aciago día, así habría sido mi vida.

2

Deben creerme cuando les digo que ni siquiera tenía ganas de ir aquella tarde a la Universidad de Miskatonic. El problema, es que dada la consabida corrección pública y que quien concertó la cita con los eruditos de la vieja Universidad, era mi futuro suegro, no tenía más remedio que anunciar mi asistencia. No quería empezar con mal pie mi relación con él.

Simplemente, no me lo podía permitir.

Puede que la gran mayoría de la gente de esta ciudad no lo sepa pero hay una colección de libros muy especiales en la biblioteca de la Universidad Miskatonic. Esta colección privada es tan exclusiva y esta tan oculta, que está protegida por grandes medidas de seguridad. Medidas, que harían palidecer a las del banco más seguro de todo Massachusetts.

—Creerán seguro que miento pero pueden ir a comprobarlo ustedes mismos, si así lo desean. —comente mecánicamente a esos hombres que no paraban de tomar notas. —Pregunten por la sala de libros prohibidos e incunables exóticos y les dirán que tal sala no existe pero si van con una mandato judicial, descubrirán que les digo la verdad. —dije mirándolos a los ojos.

Ellos seguían escrutándome para encontrar las mentiras que tanto ansiaban detectar en los míos.

Tan solo muy pocas personas pueden acceder a ella y supongo que mi futuro suegro quería hacer alarde de su poder y de los contactos que poseía en las altas esferas de la ciudad. Todas esas medidas de seguridad que incluían una única puerta —de grosor considerable—, de entrada y salida a una sala que más bien parecía una caja de caudales gigante, se me antojaban excesivas. Tenía dos guardias en la entrada y estos anotaban todas las visitas y vigilaban todos los movimientos de los pocos que allí entraban. Uno de ellos paseaba por dentro y el otro siempre controlaba la entrada.

En la estancia, había pocas ventanas y estas tenían unas rejas muy gruesas por las que se derramaba la luz color miel de la mañana pero el conjunto no hacía sino aumentar mis ganas de salir corriendo de allí. Parecía que tantas medidas de seguridad era algo absurdo puesto que allí solo había libros más sabiendo lo que se hoy, creo que eran pocas.

Toda esa seguridad pretendía proteger unos libros que no deberían estar al alcance de cualquiera y dado lo que pasó después, no deberían estar al alcance de nadie. Es más, convendría quemarlos todos y enterrar sus restos en la sima más profunda de la tierra. Así jamás podrían volver a hacer daño a nadie.

—¡Oh, pobre de mí! —exclame perdido en mi propio dolor. —¿Quién me mandaría a mí, acudir a esa cita?

La sala cuyas paredes metálicas me ponían los pelos de punta, estaba recubierta hasta bastante altura por estanterías llenas de libros de desigual tamaño. Algunos estaban bien encuadernados pero otros eran tan viejos que habría que tener mucho cuidado al manejarlos. También había toda suerte de rollos de pergaminos en una estantería al fondo e incluso pude ver, que alguien tenía en su mesa de estudio envuelto en una piel translúcida y aceitosa, una biblia satánica.

Había una segunda planta también llena de libros a la que se accedía con escaleras también de metal. Allí se hallaban los libros más raros y que estaban apartados para que tan solo los más eruditos tuviesen acceso a ellos.

El libro que era el objetivo de la visita, estaba en el centro de esa estancia cerca de la barandilla y por seguridad, estaba rodeado de unos gruesos cordones rojos para que nadie se acercase demasiado. Este libro era de diferentes tonos de marrón parduzco y descansaba sobre un atril de negra madera, profusamente labrada, que reposaba sobre una mesa rectangular de mármol blanco. Esta a su vez se sostenía con una columna del mismo material.

Allí, abierto por la mitad, lo primero que me llamo la atención es que el separador parecía una horrible tira de pellejo muerto y arrugado. Desde el primer momento en que pose mis ojos sobre aquel infernal libro, sentí un profundo escalofrío y una desazón terrible. He de decir que esta me llevo hasta el más profundo recoveco de mi alma ahora perdida para siempre.

El director del centro con su pomposa displicencia, iba vomitando datos sobre el deplorable método de la construcción de aquel maldito ejemplar.

—¡Por lo visto estaba realizado en piel humana! ¿Pueden creerlo? —comente absorto.
—¿Eso se lo había dicho ya? —dije asqueado y algo confuso de tanto contar lo mismo.
Como no respondieron continué.

En la portada, habían usado la piel estirada de la cara de algún infeliz y en cada "hoja" del libro, había unas inscripciones ininteligibles para mí en un lenguaje arcano intercaladas con latín, árabe y griego antiguo. Sin embargo lo peor, eran sus ilustraciones de un color rojo pardo algo desvaído que me llenaron de un asco y un temor totalmente irracional.

Un asco que aumento al enterarme de que esta joya de la corona de la Universidad de Miskatonic, estaba escrita con sangre humana.

Al parecer un poeta árabe llamado Abdul Alhazred se volvió loco al escribirlo a merced de unas terribles visiones que le incitaron a inscribir en él, esos textos, y esas depravadas ilustraciones. Muchos creen que esas visiones le llevaron a invocar algo ignoto que le provocó una espantosa muerte. Por lo visto fue devorado por algo invisible a plena luz del día, cuando se hallaba en mitad de una plaza rodeado de una multitud de gente tan atónita como asqueada.

¡Si se dan crédito a ese tipo de cosas claro! Yo ahora, se lo doy totalmente.

Tras la acumulación de toda esa profusa información sobre que el original se había perdido en los pliegues del tiempo y de que tras su traducción al latín, se hicieron unas pocas copias al griego y que al parecer fueron condenadas por la iglesia en la Edad Media, dio como resultado que tras su destrucción sistemática solo quedasen cuatro ejemplares completos en el mundo.

Toda aquella charla me estaba generando un profundo desasosiego pero no quería que mi futuro suegro me tomase por un endeble alfeñique. Me arme de valor y aguante estoico la grotesca exposición de datos hasta que ocurrió algo terriblemente extraordinario. Me fije en ese momento en la página en la que estaba abierta el libro y en la que una ilustración particularmente asquerosa, representaba un ser demacrado que parecía haber sido parido por las profundidades del averno.

Me llamaban profundamente la atención aquellos jirones de piel sueltos y la mueca de horror que gobernaba su rostro. Había algo... Si, sin duda había algo más que perturbador en la ilustración.

Un temor profundo creció en mí interior lentamente como un manto pesado del que no podía deshacerme y cada vez lo tenía más claro. A pesar de que sus facciones estaban horriblemente contraídas me di perfecta cuenta que aquella pútrida faz, era la

mía propia.

—¡No se pueden imaginar el horror que me invadió entonces! —expresé en voz alta sin poder pararme quieto en la silla.

La respuesta inmediata a mis movimientos fue que el enorme tipo que estaba a mis espaldas se removió inquieto por si intentaba algo pero lo sentí relajarse, cuando continúe mi relato inmediatamente.

No podía ser y sin embargo ahí estaba delante de mí. Cuanto más la observaba más convencido estaba que era mi cara la que allí se exponía y sus cuencas vacías, parecían incitarme a la locura.

Entonces es cuando todo a mí alrededor se detuvo.

El tiempo decidió detenerse o algo le forzó a ello y pareció transcurrir tan lentamente que pude observarlo todo con un detenimiento pasmoso. Todo era más real que la propia realidad por así decirlo.

Creí oír un crujido proveniente del interior de mi cuerpo al que siguió un lacerante dolor en el pecho y que fue tan repentino, que me cogió por sorpresa. Era como si algo se estuviera grabando con la punta de mil cuchillos afilados en todos los huesos de mi esqueleto partiendo del pecho hacia el exterior.

Grite de puro dolor pero nadie lo noto por que todo, se había detenido congelado en aquel segundo eterno. Cuando ya no podía más sentí que el mundo volvía a girar de nuevo y también sentí al fin, el peso de mi cuerpo mientras caía al suelo perdiendo la consciencia.

Aunque solo tuve unos pocos segundos antes de desvanecerme, pude fijarme en que desde aquella maldita página del libro, mi pútrido rostro me sonreía con una mueca sardónica en aquella boca sin labios.

Al mismo tiempo unos ojos inyectados en sangre antes inexistentes, me observaban con crueldad.

Luego solo hubo oscuridad.

3

Tras lo acontecido en la universidad y durante el siguiente mes y medio, dio comienzo mi extraña dolencia (de la cual los médicos no tenían la más remota idea de cómo curar) y también comenzaron los sueños que la producían. Mis noches se poblaron de terribles pesadillas en las que me despertaba gritando y empapado en sudor en mitad de la noche.

Algo parecía llamarme desde un lugar muy remoto... Algo terrible parecía haberme emponzoñado el alma y durante el sueño, sentía que era capaz de poseerme o cuanto menos convertirme en un ser totalmente manipulable.

Entiendan que soy un ser racional pero todo este proceso estaba desmoronando todos los muros de mis creencias más pragmáticas y me estaba desquiciando por completo. Tenía pérdidas de consciencia que me pillaban por completo desprevenido en cualquier momento.

Estos desvanecimientos hacían que perdiese noches enteras o partes de días y ni mi Rosalie o los doctores, sabían que hacer conmigo salvo ponerme sedantes para mantenerme tranquilo.

Fue por aquel entonces cuando vino a verme el inspector de policía Patterson y que se presentó ante mí con una extraña petición a resultas de haber discutido con mis médicos. Por lo visto, había solicitado que se le avisase de inmediato si en alguno de los hospitales de Arkham aparecía alguien con los síntomas de mi enfermedad ya que al parecer, era muy poco frecuente.

Le recibí en la preciosa estancia para invitados que tengo a la izquierda del gran recibidor, en la entrada de la mansión. No me importaban las visitas ya que salía poco dada mi dolencia aunque siempre que podía, venía mi Rosalie acompañada de la perenne señora Banks. Esa “encantadora” arpía, siempre estaba presta para velar por la decencia y las malditas apariencias.

Aquella tarde estaban allí, cuando el mayordomo —que era un joven que había recogido de la calle y al que estaba instruyendo como hicieran conmigo antes—, entro cortes y nos informó de la llegada del inspector. Todos nos quedamos bastante extrañados así que le permitimos pasar no solo por la autoridad que ostentaba sino para averiguar lo que acontecía.

—Les ruego me perdonen. Siento la molestia de visitarle estando enfermo... —comento formal. —Sus médicos me han informado de su dolencia pero urge avisarle de que su vida corre grave peligro... —dijo con la mirada adusta.

No era mucho mayor que mi mentor cuando este murió así que debía rondar la cincuentena y las canas ya plateaban sus sienes. Su grueso bigote que le daba el aspecto de una morsa, ocultaba lo único que le podía delatar ante un sospechoso. Su boca. El resto de su rostro, podría dar tanta información como una piedra que se encontrasen en el camino pero él sabía que su punto vulnerable, eran los gestos de sus labios. Por eso se dejó bigote. Me lo contó en confianza un poco más adelante de conocernos mejor.

Pero me estoy adelantando, perdónenme...

—¿Disculpe? ¿Le han informado mis médicos de algún cambio en mi estado? ¿Y por qué no me lo han notificado? Todo esto es muy extraño, señor...

—John R. Patterson de la brigada de policía de Arkham. Mi cargo es el de inspector.

—dijo dándome la mano mientras yo le indicaba con la otra que se sentase frente a mí en un cómodo sillón.

Este le dio su abrigo al joven mientras se acercó al lugar en el que todos estábamos todos alrededor de la mesita de Té. En el sofá de dos asientos de estilo Victoriano a mi izquierda (como el del resto de la estancia), estaban sentadas mi Rosalie y la sempiterna señora Banks. Yo estaba en mi sillón envuelto en una manta y tenía unas ojeras bastante ostensibles.

Era normal dada la mala noche de aberrantes pesadillas que había tenido como venía ocurriendo desde hacía un tiempo. Para completar la cargada atmosfera, la chimenea estaba encendida ya que desde que comenzara mi dolencia siempre estaba destemplado.

—Lamento la confusión pues no me refería a un agravamiento de su enfermedad aunque no por ello corre usted menos riesgo. —refirió el serio inspector. —Tal vez las damas desearían salir de la estancia para no escuchar noticias tan alarmantes que las pudiesen inquietar...

—Las damas se quedan dónde están pues no son fáciles de inquietar... —dijo con resolución mi Rosalie lo cual me hizo sonreír.

—He estado investigando una serie de asesinatos... —continúo como si nada el serio inspector. —...con unos rituales de sangre muy extraños en nuestra hermosa ciudad. —dijo arrellanándose en el sillón. —Resulta que todas las víctimas habían tenido los mismos síntomas médicos que usted está sufriendo y de ahí, el peligro que comentaba.

Por lo visto este hombre de aspecto bonachón poseía una sagacidad insospechada. Era el único policía que había podido conectar las muertes que se habían ido sucediendo por toda la ciudad y a lo largo de varias semanas, por el único dato oculto que las unía.

El evidente, era el resultado del ritual al que habían sido sometidas las víctimas pues en todos los casos, el resultado era idéntico. El problema era que todas ellas eran de diferente raza, condición social, vivían alejadas unas de otras, tenían diferentes oficios, diferentes hábitos, no se conocían entre sí y no frecuentaban los mismos lugares. Así una tras otra había una infinita variedad de datos que habían recolectado sobre cada caso con la intención de hallar algo que los uniese. Al parecer sin éxito. Por eso este caso había estado trayendo de cabeza a la policía durante las semanas anteriores.

Por eso y porque algunos de los asesinados eran gente de alto rango en la ciudad y como yo había caído enfermo, no me había enterado de nada.

El inspector narro con poco tacto, pues no era lo suyo, que todas las muertes se habían producido en casas abandonadas. También explico que en todas las ocasiones se había producido un atroz rito, que había dejado destrozados los cuerpos de las víctimas de formas diversas. El problema es que nada más tenía sentido por la aleatoriedad de los lugares donde se hallaron los cuerpos y por la tipología de las víctimas. La policía, no tenía ni idea de quién era el asesino.

Más para mi asombro, este hombrecillo rechoncho había encontrado otro punto en común que todos habían pasado por alto, entre el maremagno de datos reunidos: Todas las víctimas habían acudido al médico con los mismos síntomas que yo estaba manifestando.

El muy interesante inspector Patterson había encontrado la aguja en el pajar y al parecer, yo era el único que aun manifestaba estos síntomas y que aún seguía con vida.

Esto me convertía en alguien a tener vigilado muy de cerca.

Apostaron con mi permiso policías en la puerta de mi mansión con el objetivo de mantenerme vigilado constantemente y una patrulla, me seguía en mis poco frecuentes visitas al médico. No me dejaban solo ni siquiera en el interior del hospital.

El propio Patterson venía en persona a menudo a visitarme y me pedía que le describiera las espantosas pesadillas que me destrozaban por dentro cada noche. Hablamos mucho ese inspector inteligente y yo así que intercambiamos mucha información a medida que nos conocíamos mejor. Él me fue trayendo todas las pesquisas del caso que podía proporcionarme porque resulta que el contenido de muchas de mis pesadillas, coincidía con las características de las muertes de esos extraños rituales.

Esto me desasosegaba profundamente pero al menos daba gracias por no ser sospechoso de los atroces crímenes que estaban aconteciendo; dado que mi Rosalie, la señora Banks y miembros de mi personal podían dar fe de que habían estado a mi lado noches enteras, había sido descartado como el autor de los mismos.

Detesto las casualidades porque estas no paraban de sucederse. Ya no podía obviar que todo cuanto acontecía, parecía estar conectado conmigo ya que curiosamente mis pesadillas más terribles, coincidían con las fechas de las muertes de esos pobres infelices.

Todo se volvía cada vez más extraño con el paso de los días.

4

Una tarde noche en que unos espasmos producidos por un tremendo dolor de cabeza me obligaron a ir al hospital, la acostumbrada patrulla policial me siguió en su coche tras el mío e íbamos con la tranquilidad habitual para no agravar mi estado. De tanto en tanto, Patterson, había ido colocado policías de incógnito camino del hospital que al vernos corrían a la comisaría más cercana para avisar de mi paso.

Fue a medio camino cuando unos locos con capuchas negras atacaron a la patrulla que me seguía matándolos a tiros y aunque nada pude hacer por salvar al muchacho, también mataron a mi mayordomo. Este llevaba mi coche esa tarde porque mi conductor, libraba para ir a cuidar de su madre enferma. La vida es así de extraña.

Después me contaron que al no verme en el siguiente punto concertado, se dio la voz de alerta y gracias al ruido generado por los disparos, se pudo seguir la dirección de la huida de mi coche. Mis captores condujeron sin parar hasta las afueras de la ciudad de Arkham y sin decir la más mínima palabra.

El sagaz inspector había estado ocupado solicitando refuerzos a las ciudades vecinas y había cubierto todas las salidas de Arkham con policías vestidos de paisano; en verdad, estaba totalmente decidido a acabar con el asesino o asesinos de estos rituales sangrientos.

El tiempo fue crucial ya que consiguió dar con la pista de mis captores lo más rápido posible y por ello, le debo la vida. Sus coches llegaron a una casa abandonada que había en las afueras de la ciudad muy rápidamente y aunque estaba un poco apartada del camino principal que llevaba a Innsmouth, a los policías les dio igual por que venían siguiendo las huellas de las ruedas de mi automóvil. El muy astuto inspector, las había trucado y ahora dejaban ahora una marca característica por si en algún momento lo perdían de vista.

Mis captores me estaban bajando del coche cuando la policía llegó a la casa abandonada y los agentes, salieron de los suyos a toda prisa para apuntar a los que se me llevaban a rastras. Yo no tenía fuerzas para oponerme.

—¡Alto o disparamos! —grito el orondo inspector que también había venido. —Dejen al señor Reed en el suelo y apártense de él despacio o mis policías dispararan a matar.

—Es usted un ignorante, inspector Patterson... —ronroneo una voz tranquila que provenía de arriba. —No estamos raptando al señor Reed. Lo veneramos. Le hemos traído para que contemple la gracia de la virtud hacia la que nos lleva. —dijo una mujer que hablaba desde la ventana de una de las habitaciones superiores de la morada a la que me llevaban.

La casa era de planta rectangular con un tejado a cuatro aguas y un par de chimeneas de piedra (una de las cuales estaba rota) y tenía un porche derruido. Donde debía estar la puerta de la entrada tan solo quedaba el marco desportillado y la misma, yacía tumbada hacia dentro, destrozada. Estaba claro que hacía mucho tiempo que la destartada vivienda había tenido épocas mejores.

Unos pocos pasos hacia el interior del edificio y la oscuridad era total lo cual dejaba una sensación de desamparo. Para completar el lúgubre cuadro, en el exterior, la pintura de las paredes se había caído y habían quedado al descubierto numerosos agujeros creados por la podredumbre.

La casa se estaba derruyendo lenta pero inexorablemente.

Los faros de los coches daban la única luz que había en la zona salvo por la de la luna en cuarto creciente y no sabría decir cuál de los dos tipos de luz, hacía que la vieja casa fuese aún más tétrica.

—¡Soltadle ahora hijos míos! —exclamo la mujer a los dos hombres que me arrastraban y me quede de rodillas en el suelo encogido por el fuerte dolor de cabeza. —Descubríos para que los no creyentes en nuestro Dios, contemplen la gloria de nuestros sacrificios.

Los hombres le hicieron caso y se volvieron. Se quitaron las capuchas que curiosamente no tenían agujeros para ver y con horror, los policías descubrieron que no los necesitaban pues se habían arrancado los ojos y además poseían enormes y profundas cicatrices en la cara que aún no se habían cerrado. Estas sangraban y tenían pústulas por la infección que goteaba también de las cuencas vacías.

—James Thaddeus Reed. Mírame ahora y contempla lo que significas para mí y los tuyos. —dijo la mujer solícita.

No sé como pero todo mi dolor se desvaneció y mi mente se despejó de golpe. Todas las energías de un hombre de mi edad volvieron a mí de repente y me quede totalmente perplejo por lo abrupto del cambio. Mire hacia arriba y contemple como una mujer de unos treinta y tantos años, completamente desnuda, sucia y desaliñada, se subía al borde de la ventana. Lo hizo cortándose en las manos y en los pies con los cristales rotos de la misma en el proceso y no pareció importarle lo más mínimo.

—"Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn!" —recito con intensidad elevando los brazos con sus manos sangrantes hacia el cielo y cuya mirada ida, parecía reflejar felicidad. —James, el vendrá a por ti y cuando lo haga, no podrás resistirte a su llamada. Tú serás nuestro guía pues eres el designado para ello.

Dicho esto salto sin más desde la ventana de la segunda planta de la desportillada casa, yéndose a clavar en la valla de hierro forjado que había justo debajo. El sonido que hizo su cuerpo al ser atravesado por los hierros me desquicio completamente.

Parece ser que antiguamente esta verja circundaba un pequeño jardín a ambos lados de la puerta de la entrada y debió ser muy bello. Ahora en el lugar de la macabra escena, la sangre de aquella mujer, regaba unos rosales que llevaban muertos mucho tiempo.

No puedo describir el horror y la repulsión que sentí al ver aquello pero recuerdo que lo que si me sorprendió por lo inesperado, fue que los dos hombres que tenía a mi lado cayeron fulminados como marionetas a las que les cortasen los hilos. Ocurrió justo cuando se extinguió la vida en el cuerpo de la mujer suicida y al poco, varias personas huyeron despavoridas del interior de la casa por la parte de atrás y los policías se pusieron a perseguirlas a toda prisa.

El inspector Patterson quería sacarme de allí lo más rápidamente posible pero yo le pedí que me permitiera ver el cadáver de la mujer y no crean que fue por morbo sino porque cuando esta salto, me pareció ver algo en extraño en su cuerpo.

Cuando nos acercamos portando una lámpara para revisar la horrible escena del suicidio, nos dimos cuenta de que aparte de que estaba desnuda y mal nutrida, la mujer tenía el cuerpo cubierto de los mismos símbolos arcanos que había visto en el Necronomicon. El inspector escrufo mi rostro con cara de sospecha mientras yo intentaba disimular que esa "coincidencia" era realmente desquiciante. En ningún momento le había dicho nada de mi visita a la Universidad de Miskatonic porque pensé que me tomaría por un loco. Que ironía.

Todo estaba conectado con el maldito libro pero cómo y por qué, lo ignoraba más como todo parecía haber terminado —incluida mi rara enfermedad—, respire aliviado y volví a casa conduciendo yo mismo.

Una profunda culpabilidad se apodero de mi al pensar en que mientras yo volvía a tener salud y volvía a casa, el cadáver de mi joven protegido se había quedado tirado

en la calle donde me secuestraron. Por eso volví tras mis pasos intentando recordar donde había ocurrido. Resulta que según me informaron los policías que estaban en la escena del crimen cuando llegue, ya habían recogido el cuerpo del infeliz y se lo habían llevado a la morgue. Pobre muchacho.

—Lamento haberte fallado... —dije para mí mismo en el lugar en el que lo habían asesinado.

Sintiéndome terriblemente agotado volví a casa y por irónico que parezca, pude dormir una noche entera sin un solo sueño que la perturbara.

5

Pocos días después del incidente enterré al muchacho en el mismo panteón en que mi mentor descansaba pues los tres éramos de la misma condición. A pesar de todo que no paraba de repetirme que lo ocurrido estaba fuera de mi control, no podía dejar de sentirme culpable.

La culpa del superviviente me había dicho que se llamaba el inspector Patterson y que estuvo allí conmigo todo el tiempo, pero eso no me consolaba en absoluto. Tan solo el amor que sentía por Rosalie me mantenía cuerdo y ella, no me abandono en ningún momento. ¡Que magnifica mujer! No se rindió jamás y siempre creyó hasta el último minuto que todo podía arreglarse.

Esto hace que esta parte, sea aún más dolorosa para mí.

Pasaron los días y acabo septiembre. Todo parecía haber vuelto a la normalidad y por suerte, en la empresa, no había acontecido ningún tipo de desastre así que en esos primeros días de Octubre, volví a disfrutar de la vida. Ya no recibí más visitas de la policía y desmontaron todo el sistema de protección del que había disfrutado pues parecía que ya no era necesario.

Que equivocados estábamos todos.

Lo cual nos lleva de nuevo a aquella fatídica tarde de hace cuatro días con las secuelas que les cuesta tanto creer y con el resultado que ya saben. No solo porque se lo he contado diez veces ya sino porque sin duda, los periódicos no habrán parado de hablar del tema constantemente.

El sol regalaba sus últimos rayos alegremente aunque ya no calentasen nada a estas alturas del año y yo, estaba del todo recuperado tras diez días de bendito y profundo reposo sin sueños. Había tomado el control de la empresa enviando mensajeros desde casa por orden médica y confirme lo que ya sabía; que todo puede funcionar a la perfección si tienes a las personas adecuadas en el cargo correcto y si están bien pagadas.

Y como dije al principio de mi relato, era feliz. Lo tenía todo o eso creía.

Sinceramente no sé si era un mecanismo de defensa emocional pero ahora veía esos últimos eventos, como un sueño que se desvanecía poco a poco de mi mente aunque había eso sí, una leve sensación de desasosiego que no remitía.

La mirada muerta de la mujer suicida aún se me aparecía en algún que otro momento.

Para no pensar en ello, mi Rosalie propuso un paseo por la vereda del río Miskatonic en el parque adyacente al mismo y yo, las acompañe de buen grado aquel alegre atardecer y me entretenía en molestar a la señora Banks, dada su famosa mojigatería. La irritaba con tímidos rozamientos de manos y risas tontas en público entre Rosalie y yo.

Ella me entendía perfectamente y sabía que jamás la deshonraría públicamente por que mi bella dama, era el centro de mi vida.

Amaba a esa mujer no solo por su belleza sino también por su inteligencia y por cómo me entendía. Estábamos tan bien compenetrados que ella, también jugaba enojar a la adusta señora Banks. Con mucho éxito he de decir.

He de admitir que había tenido bastante suerte ya que mi futuro suegro aun habiendo ocurrido todos estos acontecimientos no se había negado a que continuase nuestra relación. Dado que me había desmayado cual joven damisela cuando oía información sobre un simple libro, no podía negarle que eran lógicas sus dudas en aquel momento. Estaba claro que la visita a la universidad de Miskatonic —más otras que sin duda tenía preparadas—, tenían como objetivo ver de qué pasta estaba hecho y gracias a la feroz enfermedad posterior, y a mi ayuda a la hora de resolver un caso policial —aunque hubiese sido como víctima—, le había convencido de que mi desvanecimiento, solo fue el inicio de mi enfermedad y que nada tenía que ver con mi carácter. Yo le había dado a entender que si lo ocurrido me hubiese pillado sano, el caso se habría cerrado bastante antes. Que quieren que les cuente, tenía que impresionar a mi futuro suegro como fuese pues estaba loco por Rosalie.

Paseábamos ya bien entrados en el parque de la linde del río Miskatonic famoso por sus largos paseos adoquinados, bellamente adornados y rodeados de frondosos árboles. De tanto en tanto, había bancos donde sentarse y la gente ociosa en domingo por la tarde a pesar de que ya hacía frío, se juntaba en ellos para compartir los últimos chismes sobre la vida social de la bulliciosa urbe.

Toda la linde del río tenía un muro bajo para poder ver bien el precioso río de la ciudad y sobre el muro, había una gruesa verja de hierro que era bastante alta. Hablábamos de todo y nada rodeados de gente tranquila y de una barahúnda de chiquillería que simulaba perseguirse, cuando mi Rosalie, propuso algo muy osado.

Llegamos a la altura de un embarcadero que se usaba para las carreras de remos que organizaba la cercana universidad y mi Rosalie, le pidió enérgicamente a la señora Banks que nos esperara en la entrada del embarcadero pues quería pasear a solas conmigo por él. Este tenía las puertas de hierro abiertas para mi sorpresa.

Dada la mirada asesina que me dedico la "pizpireta" señora Banks en aquel momento, creí que la "encantadora" señora jamás volvería a dirigirme la palabra. De todas formas siempre se dirigía a mí con una suerte de gruñidos secos así que no importaba demasiado.

Rosalie me guio entre sonrisas picaras hasta casi la mitad del embarcadero y de improviso, tiro de mi hacia la parte de atrás de la gran casa de madera donde se guardan las embarcaciones. La bese entre risas y caricias a resguardo de miradas indiscretas y nos prometimos amor eterno.

Allí estuvimos durante más tiempo del que dictan las agobiantes normas del protocolo pero que quieren que les diga, estábamos enamorados. Íbamos a salir ya para guardar las formas cuando se levantó un viento considerable. En el cielo y sin previo aviso, aparecieron nubes negras de tormenta más rápidamente de lo que jamás había visto y todo se oscureció en un instante.

Preocupado por Rosalie, le propuse salir de allí a toda prisa.

La sacaba de la parte de atrás de la caseta cuando un único y poderoso rayo, surco el cielo negro como el carbón y me alcanzo en el pecho. Una especie de estampido sin sonido, tumbo a mi Rosalie un par de metros atrás e hizo lo propio con la enfadada señora Banks en la entrada del embarcadero y con unas personas que pasaban por allí en ese momento.

La gente se asustó y huyo despavorida mientras yo me retorció de dolor suspendido a un par de metros por encima de las tablas de madera. Sentía un calor abrasador y gritaba como un loco mientras una miríada de ramificaciones nerviosas me quemaba

todo el cuerpo.

Al poco y sorprendentemente, el dolor desapareció y yo, ya no era yo.

Yo solo era un espectador más aterrado que dolorido por cuanto sucedía, por lo que me sorprendió profundamente que mi cuerpo se moviese sin mi consentimiento. Me quede atónito cuando me rasgue mis caros ropajes sin ordenarle a mis manos que lo hicieran hasta quedarme semidesnudo.

Mientras tanto el rayo ceso y mi cuerpo, descendió entonces a un ritmo anormalmente lento hacia el suelo de madera del embarcadero.

Sabía, no sé cómo, que había un fuego consumiéndome en mi interior aunque que ya no lo sentía. Lo que sí sentí como una picazón, es que este fuego pareció emerger a la superficie porque pronto empezaron a salirme manchas negras por todo el cuerpo de dentro a fuera. Solo que no eran manchas. Eran las mismas formas geométricas y extraños símbolos arcanos que había visto en aquel maldito libro y más exactas, que las horriblemente hechas a mano en el cuerpo de la mujer suicida. Todo mi cuerpo se llenó de esos terroríficos símbolos mientras que con un horror inenarrable, confirme que de veras, no tenía la más mínima voluntad sobre mis actos.

¡No podía acudir en auxilio de mi Rosalie! ¡No podía hacer nada de nada! —gemí.

Mientras me debatía intentando liberarme una y otra vez, una voz retumbo con la fuerza de un millón de tormentas en todas direcciones y en un idioma totalmente desconocido para mí. Mi cuerpo que ya no era mío, obedeció sin dilación alguna. Se acercó a mi Rosalie y la levanto sosteniéndola por el cuello a un palmo del suelo sin ningún esfuerzo físico aparente. Tras unos instantes y de un solo tirón, le arranque el vestido dejándola en una vaporosa ropa interior de encaje que transparentaba sus bellas piernas.

—¡Y grite...! ¡Oh, dios mío! ¡Como gritaba en ese interior hueco! —les dije a esos hombres que siempre se quedaban atónitos cuando relataba esta parte.

Puedo jurarles que me revolvía en mi interior intentando moverme hasta llegar al límite de la locura pero constate con angustia, que no podía hacer nada de nada. El resultado de mis vanos intentos por actuar libremente, fue un borboteante amago de risa que provenía de lo más profundo del río.

El rostro de mi Rosalie estaba lleno de emociones y se debatía entre aterrada y dolida por que no comprendía nada de cuanto sucedía.

La policía llegó en ese momento y entre el poderoso viento y la tormenta no parecían poder acercarse así que lógicamente, creyeron que atacaba a mi prometida y por eso me dispararon. Las balas fueron desviadas por el viento huracanado y ninguna me dio pero estoy seguro de que si lo hubiesen conseguido, yo no habría sentido nada. Ni siquiera podía mirar para ver si tenía la suerte de que el inspector Patterson estuviese entre ellos pues me conocía bien.

La tormenta arreció más fuerte si cabe a mí alrededor, pero todo estaba en calma donde se hallaba mi cuerpo. Apenas se oía nada salvo esa profunda y maligna voz que resonaba dentro de mí y al acercarme al borde del embarcadero, alce con ambas manos el cuerpo de la ahora inconsciente Rosalie. Entonces se produjo otra detonación sorda que detuvo el tiempo como me ocurrió tras ver las ilustraciones de aquel maldito libro.

Todo quedó quieto y las sinuosas corrientes del río Miskatonic se quedaron congeladas formando una especie de espejo plano y este, era más negro que la oscuridad tormentosa de las nubes. Mi cuerpo salto al agua que estaba como congelada pero sin

producir frío y camine sobre aquel umbrío espejo.

De súbito el río cambió de nuevo y ya no solo había neblina, sino que ahora, todo estaba lleno de estrellas por todas partes. Millones de ellas se arracimaban miradas por donde mirases dentro de la reducida visibilidad de mis ojos. Entonces es cuando mi boca abierta comenzó a emitir con rotunda claridad una retahíla de sonidos, que parecían tener cadencia y que tras breves instantes y sin saber cómo, comencé a entender en mi propia lengua.

La voz de mi boca abierta, declamo:

—¡HUMANO, SE TE HA PERMITIDO EL MAS ALTO HONOR DE SERVIR DE INSTRUMENTO AL MÁS GRANDE DE LOS DIOSES PRIMIGENIOS! YO CTHULHU, PRONTO SERÉ LIBERADO DE MI TUMBA SUBMARINA DE LA CIUDAD PERDIDA DE R'LYEH Y GRACIAS A LA CONJUNCIÓN ADECUADA DE LAS ESTRELLAS PROPICIAS DEL DÍA DE HOY, HE PODIDO SOMETERTE A MI PODER. TU SERAS EL QUE GUÍE AHORA A LOS MIOS HACIA LOS SACRIFICIOS QUE TENDRÁN COMO CONSECUENCIA MI VUELTA A LA VIDA. TU ERES EL ELEGIDO Y CONTIGO AL MANDO, ESTOY MAS CERCA DEL REGRESO DEL SUEÑO AL QUE ME SOMETIERON HACE UNA ETERNIDAD MIS ANTIGUOS ENEMIGOS. ESTE ES EL PRIMER SACRIFICIO DE TU PRIMERA VIRGEN Y ME TRAERÁS A LAS SIGUIENTES QUE YO TE MANDARE RECOGER. SIETE VÍRGENES —UNA POR AÑO— QUE HAN SIDO ELEGIDAS A LO LARGO Y ANCHO DE ESTE MUNDO DE LAS QUE A PARTIR DE AHORA, TU SERAS MI MANO EJECUTORA. ¡TAL ES TU DESTINO, HUMANO!

—OFRECÉMELA AHORA, ESCLAVO...

Mi cuerpo obedeció casi al instante y la tendió sobre el cristal estrellado que antes había sido agua y al instante, comenzó a atravesarlo como si flotase en él alejándose de mí. La vi irse a la neblina estrellada con su liviano ropaje que se movía ondulante casi como en un sueño aunque sabía que no iba al río. Sabía que aquel maligno ser, se la llevaba muy lejos de mí a otro mundo.

Grite y grite... creo que jamás he gritado ni peleado tanto en toda mi vida y mientras gritaba, mi horrorosa frustración causaba más gracia a mi captor al que cada vez oía más lejos.

Y de repente el cielo se abrió... el viento cesó... el espejo desapareció y con él, mi Rosalie.

Y toda mi esperanza se fue con ella.

Ahí fue donde admito que me quebré y la locura se apoderó de mi mente mientras caía a plomo sobre las procelosas aguas grises del Miskatonic.

—Les juro doctores que esa es toda mi historia y que ya no recuerdo nada más. Luego me desperté en esa paupérrima celda acolchada en la que me tienen todo el día. —dije implorante. —Salvo eso sí, cuando me sacan para interrogarme una y otra vez. —comente con una mirada salvaje que no me ayudaba en nada. —Puede que me rompiese emocionalmente y que perdiese la razón temporalmente, pero soy yo de nuevo. ¿Ven? ¡Yo controlo mi cuerpo! Jajaja. ¡Es tooodo mío! Jajaja. —grite cuando el enorme guardia del psiquiátrico de Arkham me agarro.

Este..., ato bien fuerte la correa de mi camisa de fuerza y me llevo de nuevo a mi celda acolchada.

Tal vez para siempre...

Fin de la primera parte.

Notas adjuntas.

EL paciente padece una aguda disociación de la realidad debido al sufrimiento soportado tras su enfermedad mental reciente. Esto dio como resultado el asesinato por su propia mano de su joven prometida, a la que arrojó posteriormente al río Miskatonic. Hecho, del que hay numerosos testigos. Nunca se encontró el cadáver de la joven pero se recomienda internamiento de por vida para el enfermo pues no parece haber lógica alguna en sus desvaríos. Aunque sí que es sorprendente, que jamás varíe un ápice, el orden en el que narra lo ocurrido aquel día.

Ultima transcripción de las conversaciones del paciente James Thaddeus Reed con los doctores Samuel Raimi y Sir Francis Darabont.

16 de Octubre del año de nuestro señor, 1922. Arkham. Massachusetts. Estados Unidos de América.

Informe cedido a la policía a petición del inspector John R. Patterson para su estudio tras la posterior fuga del paciente James Thaddeus Reed del manicomio para enfermos mentales de Arkham.

20 de Octubre del año de nuestro señor, 1922. Arkham. Massachusetts. Estados Unidos de América.

Fin del documento.